

Ruy Márquez

Crónicas
de mi tiempo





Crónicas de mi tiempo

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© Ruy Éluard Márquez Fernández

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección

María López

Diagramación

Arturo Mariño

Diseño de portada

Roberto Chávez Pabón

Imagen de portada

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN:978-980-14-5386-4

Depósito legal: DC2023001549

Ruy Éluard Márquez Fernández

Crónicas de mi tiempo

ÍNDICE

Prólogo	9
Isabel Victoria Rosa	11
Teresa y Manuel	13
El anillo rojo	15
Yo soy aquel	17
El primer amor	19
Política cuántica	21
Viajes épicos	23
El abismo	25
Cabayape	27
El hombre y su verde caballo que se tornó azul	33
Carlos Romer	35
Soñaba	39
Pedro Antonio Medina	41
El sol llovía sobre su cabeza	43
Quizás yo no estuviera aquí	45
A los cien años del nacimiento de papá	47
Él la miraba	51
El terremoto de Caracas de 1967	53
Viajes familiares	55
El pito de Piñerúa	59
Vampiros en la casa	63
La quinta Shangri-La	65
Los perros de mi vida	67

Ojalá que te mudéis	69
Juntos en familia	71
La familia	73
Vivan los soviéticos	75
Las amigas de mamá	77
El batazo de Sammy	79
Alí Alfonso	81
Cacao, cacao	83
Gracias a Dios	85
La Macandona	87
Moconoque: la tierra de mis ancestros	91
Por un plato de espaguetis	93

Prólogo

Crónicas de mi tiempo es un compendio de historias de mis memorias infantiles y de la vida familiar de los Márquez Fernández. 2020 no solo fue el año de la pandemia de la COVID, también fue el año en el que sufrí un derrame cerebral a los 65 años de edad, que cambió mi vida por completo. Ese Ruy que lo podía todo, que caminaba kilómetros, ya no estaba. Mi recuperación fue lenta y sufrida. Estuve ocho meses en silla de ruedas; no podía salir a caminar y menos trabajar. Mi desesperación llegó hasta el punto de no querer vivir más, pero mi amor a la vida me hizo reflexionar. Pero este trágico episodio también desató unas ganas de escribir sobre mi vida y otros temas que me apasionaban. El Esequibo y las historias que me acompañaron durante décadas a la hora de dormir —Larry López y su máquina del tiempo, entre otras—, hicieron que me sentara en ese cuarto de mi apartamento con un ventanal por donde podía ver el Ávila e inspirarme. Así nació *Crónicas de mi tiempo*, como un testimonio de mis días infantiles, sin rencores y con un infinito “perdóname” dirigido a todos los que me han rodeado durante mi vida. A mis hermanos, hijos, parejas, amigos y enemigos les pido, desde lo más profundo de mi corazón y mi alma, perdón.

Isabel Victoria Rosa

El nacimiento de Isabel Victoria Rosa le dio vida a la casa. Todos, absolutamente todos, giramos en torno a ella. Mi mamá se acababa de graduar de abogada en la UCV y todavía conservaba la gracia y finura que siempre quiero recordar de ella. Los vestidos que usaba empezaban a mostrar su vientre recrecido. Pero me fascinaban sus peinados voluptuosos y, lo más importante, sus uñas pintadas de rojo carmesí, que me encantaban frotar para poder conciliar el sueño, mientras me cantaba la canción de cuna “Palomita blanca, copetico azul, / llévame en tus alas a ver a Jesús”. Isabel creció cobijada por el amor de todos. Una noche, la casa estaba diferente. Mi mamá entraba y salía del cuarto, que era el que usaba mi papá cuando venía a la casa. Yo no sabía qué pasaba, por qué no me dejaban entrar. Sonó el timbre y nos asomamos a ver quién era. Sorprendidos, vimos a un señor con un traje negro. La atmósfera de la entrada de la casa cambió. Era como una escena de cualquier película en blanco y negro de Alfred Hitchcock con *soundtrack* y todo. Mi mamá le abrió la puerta rápidamente y lo saludó, “Gracias por venir, doctor Raga”. El Dr. Raga era el hombre que nos acompañaba cuando caíamos enfermos. Aunque era muy gentil, particularmente no me gustaban las recetas que nos daba, especialmente la de los supositorios, cuando subía mucho la fiebre. El doctor entró al cuarto y yo me colé entre sus piernas. Entonces vi a Isabelita. ¡Oh, Dios, mi hermana se puso morada!

Teresa y Manuel

La quinta Hilda María fue el hogar de mis sueños infantiles. Solía jugar con Martín, subiéndome a la mata de aguacate y llegaba a una gran terraza donde había un tanque vacío que usábamos como guarida. Las tardes cálidas y húmedas de mayo en el piedemonte avileño alborotaban a las chicharras, que cantaban acompañadas del golpe de una pelota de tenis, sonido que venía de la cancha siete del Altamira Tennis Club —ubicado justo detrás del patio de la casa—. Mi papá al oírlas decía: “Ahí viene la lluvia”. A lo lejos, desde la calle, se colaban los sonidos de los recreos del Colegio María Auxiliadora. El patio trasero de la quinta albergaba todo lo que necesitaba en ese momento. Allí podía jugar hasta desfallecer del cansancio.

Arriba, al subir el primer tramo de la escalera que daba a la terraza, estaba siempre Teresa, como una centinela que cuidaba la zona que más quería su “jefa, la Doctora”, que era mi madre. Mis recuerdos de Teresa son hermosos. Ella se encargó de nosotros mientras mi mamá, recién graduada de abogada, ejercía su profesión. Recuerdo el primer pago que obtuvo mi madre de un juicio que le dio Ramón Escovar Salom, cuando era ministro de Justicia. Lo ganó y le pagaron dieciséis mil bolívares, los cuales sirvieron para mitigar el enorme hueco fiscal que mi madre tenía por criar a ocho muchachos, con apenas una pequeña mesada de mi padre.

Teresa era gorda, tenía el cuerpo igualito a las mujeres de Botero. Manuel, su esposo, era el chofer de la casa. Pocos recuerdos tengo de él, pero no me olvido de su cara. La recuerdo con lujo de detalles, sobre todo sus entradas prominentes, que delataban su mediana edad. Muchas anécdotas tengo de Teresa, pero la que más recuerdo son

unos pasteles de queso y de carne que nos hacía que eran divinos. Imaginar a Teresa hacer, por lo menos, cincuenta pasteles en un breve tiempo era como para un programa de cocina de los de ahora.

Cuando a lo largo de mi vida he tenido dificultades, siempre recuerdo a Teresa y a Manuel. Me decía que era horrible lo que me estaba pasando, ¿por qué yo? Pero el recordar lo que les pasó a ellos mitigaba mi mezquina angustia. Se dice que el carácter moldea el destino que nos ganamos. Pero ¿qué hicieron ellos para merecer un destino tan horrendo? Cómo era posible que una buena mujer que no le había hecho nada a nadie, que le entregó su vida a criar a ocho muchachos que no eran suyos, junto a su esposo, fueran violados una noche de vacaciones en las playas de Boca de Uchire. Y al regresar devastados a España, la hija que mantuvieron, con el dinero que se ganaron cuidándonos, los rechazó porque eran “sirvientes” y pobres; no quiso saber más nunca de ellos. Teresa murió en un manicomio.

El anillo rojo

Nuestro hogar en Altamira era una bella casa donde pasé una niñez feliz, a pesar de los esfuerzos de mamá por esconder el sufrimiento que padecía. Yo odiaba cuando mamá se encerraba en su cuarto y se ponía compresas de llantén para mitigar las migrañas que recurrentemente sufría. “El mal de amor no se cura con llantén”, me decía. Yo no podía comprender que mi padre no la quisiera más, si ella era lo más bello y puro que había sobre la tierra. Una noche, como a las ocho, mi hermana Elisa se bañaba cuando de repente una sombra apareció y su mano trató de penetrar —con dificultad— a través de la ventana de romanilla. Lo único que mi hermana pudo ver fue una mano con un inmenso anillo en su dedo medio, engarzado con una piedra roja. Mi hermana gritó y el hombre desapareció en la oscuridad de la noche. Días después, estaba con mamá y un señor tocó el timbre de la casa. Él le preguntó si necesitaba un jardinero y mientras mi mamá le respondía que nosotros ya teníamos uno, me doy cuenta de que aquel hombre tenía un inmenso anillo con una piedra roja en su mano derecha.

Yo soy aquel

De los viajes que hicimos con mis padres, uno marcó el fin de mi niñez. Fuimos a Maracaibo y llegamos hasta Maicao, pasando por la laguna de Sinamaica y por Paraguaipoa, donde pernoctamos en un balneario que se llamaba Caimare Chico. Todos dormimos en un cuarto, los diez; algunos en colchones puestos en el suelo. La habitación daba hacia unos médanos de arena. La playa del balneario no era gran cosa; además, mi mamá estaba muy pendiente de las rayas, que se decían, pululaban en la zona. A pesar de ello, quedó en mi mente esa playa interminable que se fundía con el sol de la tarde. Había un tarantín cerca del mar con una rocola. A lo lejos, dos parejas bailaban al son de un etílico barato. Para mí fue una sorpresa que pudieran bailar al mediodía *Yo soy aquel*.

El primer amor

El primer amor nos deja una huella profunda en nuestro corazón, nunca se olvida. Íbamos de regreso de algún viaje que anualmente hacíamos. Hace cuarenta años, todavía no estaba terminada la autopista del Palito a Valencia y había que pasar obligado por la carretera vieja de Las Trincheras. Era una carretera muy angosta, hecha a pico y pala por presos de los tiempos de Gómez. Recuerdo que era de noche y había un tráfico intenso. Mi papá empezó a pasar carros y al adelantar una gandola que transportaba reses al matadero, casi nos choca otra que venía en sentido contrario. Todos quedamos mudos. De repente, entró un olor a orine y bosta de vaca que se adueñó del interior del auto. El carro se apagó y no quería prender. Al fin salimos de esa situación y al llegar a Valencia, a la altura del Trigal, papá se desvió y se paró en un pequeño centro comercial. Había una cafetería tipo americana que se llamaba Mini Max. Allí comimos rico; yo pedí lo que siempre pedía: un filete *mignon* término medio con puré de papas y ensalada de vegetales cocidos. Se nos olvidó el terrible episodio con ese succulento plato.

Los señores Gil, vecinos de la quinta Hilda María, tenían de visita a una hermosa niña. Caí postrado por sus encantos. Se llamaba Luisa Elena y solo pensaba cuándo la iba a volver a ver. Llegando a Caracas, la radió estaba promocionando un *hit* del grupo Pentágono, *Linda, solo tú me hechizas...* Cada vez que escucho esa canción me acuerdo de Luisa Elena.

Política cuántica

Al profesor de matemáticas de bachillerato en el Instituto Escuela — en los años setenta—, una vez le oí decir: “La política en Venezuela tiene que ver mucho con la matemática”. Yo diría que Chacín estaba cerca en su apreciación con las matemáticas derivadas, en que la política en Venezuela estaba realmente a la deriva. Qué difícil era entender a ese señor, que generalmente llegaba temprano al colegio, pero no entraba al salón de clases. El gordo y rechoncho profe tenía una mirada triste y ojeras profundas que develaban la vida agónica que llevaba. A la hora del examen era un criminal sanguinario, al que no le importaba si uno entendía la clase anterior o no. Yo fui víctima consecuente de la pesadilla de ser su alumno. Las mañanas frías de enero en el colegio hacían más angustiante asistir a esa primera hora de clases. Yo me decía, “ese señor huele raro”. Una combinación de ropa mal lavada con un licor difícil de descifrar, acompañaba al verdugo de mis esperanzas juveniles. El flux gris claro que siempre llevaba no le cerraba por ningún lado (flux que había visto con mi padre en las vidrieras de los almacenes Tortolero, de la avenida Urdaneta, a precio de golilla). Pero ¿qué tan lejos estaba Chacín en su apreciación de la realidad que estamos viviendo? Bueno, tan lejos como estuvo Einstein de la física cuántica, porque hasta su muerte no creyó en ella, y ya es imposible vivir sin comprender que puede haber dos, tres o cuatro mundos al mismo tiempo. Así se ha convertido la política en Venezuela. Vivimos una realidad, pero esa realidad —pudiendo ser verdadera o no— puede estar acompañada, como en la fibra óptica, de miles de formas de comprender la política. Las clases de Chacín eran interminables. Poco se paraba

a dar una explicación en el pizarrón. Se la pasaba sentado como si le pesaran doscientos kilos cada entumecida pierna. Su risa no era tal; solo mostraba con desdén la comisura de los labios, enseñando despectivamente los dientes. Al finalizar el cuarto año, me llegó la noticia de que tenía que repetir la materia porque —según Chacín— yo no entendía ni papa. En mi desinteresada cabeza me decía: “Tuve suerte por no tener al profesor Sucre, alias Masca Papas, que era un ser insufrible, famoso por su picardía al dar las clases”. Esa primera hora de clase de matemática, recuerdo que era una combinación de sueño con fatiga estomacal. Nunca entendí las clases de Chacín, pero rememoro con transparente lucidez sus comentarios políticos, que encuentran asidero en las necesidades de mi presente continuo. En definitiva, Chacín estaba en lo cierto: la derivada de la política venezolana es la razón de cambio inmediato con que varía una sociedad. La razón de cambio es ahora. O cambiamos o morimos.

Viajes épicos

Los viajes con mi papá, mamá y toda la familia eran épicos. Recuerdo que las salidas eran de madrugada y la Coche-Tejerías era como un portal del tiempo. De repente estábamos en otro mundo, con ese olor a monte quemado humedecido por el rocío del amanecer. Siempre me quedaba dormido en el hombro de mi hermana Elisa. Al pasar Cagua se hacía la luz. Mi papá corría mucho, pero manejaba bien. Siempre, en alguna situación de peligro, oía a mi mamá casi gritar: “¡Antonio!”. La radio del Galaxy azul estaba prendida y entonces sonaba esta canción, *Mi tristeza*, de Trino Mora.

El abismo

Dentro de la lista de las diez cosas que hay que hacer antes morir, una de ellas es sentarte una tarde en la cornisa del Abismo, y solo ver y escuchar. Nada se le compara. Ni siquiera las noches estrelladas de la Gran Sabana se le compara. Es un universo aquí en la tierra. Imaginarse toda la vida que hay allí dentro, donde todo se pone verde, es indescriptible; hay que vivirlo.

Antonio y Olga, mis grandes amigos de la vida, se fueron para allá en los años ochenta. Me acuerdo que la idea les vino en una fiesta en Mérida, en la casa del famoso músico Gerry Weil. Uno de los pocos que sabe por qué ellos se fueron para allá a vivir y a fundar —con un puñado de locos soñadores— El Paují, soy yo. Para no entrar en detalles, solo voy a contar que se fueron. Construyeron una pequeña casa cerca de un río, a las afueras del poblado. Era tanta la particularidad de su estancia en aquel paraje, que llegaron a vender paquetes turísticos —sin su consentimiento— a japoneses que los fotografiaban desnudos. Lo cierto es que Antonio y Olga se habían desaparecido de la vista de familiares y amigos.

Un gran hombre que tuve el privilegio de conocer, los ubicó: el doctor Vivas, papá de Juan José (dueño de unas tierras mágicas a las que llamó San Franciscal y que su hijo perdió en una lucha contra una poblada, al encontrar oro detrás de su casa). A pesar de todo lo que generó la unión de “Porrita” y la “Negra”, la noticia de su encuentro fue motivo de alivio y alegría para su familia. Yo no pude aguantar y fui para allá. Allí conocí al verdadero *Hombre y su verde caballo* de mi padre. Ese de la tierra que se hace hombre y el hombre que se hace de la tierra.

En aquel momento, al estar por primera vez en la cornisa del Abismo, pude mirar el interior de mi ser y ver, tal vez con terror, lo que me deparaba la vida. Solo tenía que seguir adelante y ante las encrucijadas del destino, pensar bien qué camino elegir. Yo no lo hice. Quizás tomé mi vida muy a la ligera.

Antonio y Olga regresaron a la civilización hace muchos años. Viven con sus hijos y nietos, con alegría y amor, pero sé que nunca se olvidarán de esos años estridentes, cuando vivían en El Paují, porque yo tampoco los he olvidado...

Cabayape

Uno de los sitios que marcaron mi adolescencia fue Cabayape. El hato Cabayape queda entre El Callao y Tumeremo, en el estado Bolívar, vía a la Gran Sabana, casi a mitad de camino. Es un hermoso lugar en el que el doctor Manuel Porras Rodrigo y Olga Ledezma hicieron su vida y familia. Antonio, uno de sus hijos, pertenece al Olimpo de mi amistad. Tuve una época en mi vida en que solía visitar el hato bastante a menudo y una de las cosas que me gustaba hacer era ir a la entrada del hato, a un promontorio que llamaban “la Lomita”, y ver a lo lejos la silueta de la sierra Imataca. Los atardeceres eran cálidos y amarillos en la sabana del potrero La Normanda, donde podías ver a lo lejos una manada de yeguas siguiendo a un altivo padrote. Son imágenes imborrables de mi juventud.

En muchas ocasiones iba con Antonio a caballo a la Lomita, hasta el anochecer. Como la Lomita era prácticamente atravesada por la carretera nacional, uno podía ver que desde mediados de los años setenta pasaban cientos de gandolas llenas de rolas de madera de árboles gigantes. Le pregunté a Antonio de dónde venía esa madera y con tristeza me contestó: “De la sierra de Imataca. Están convirtiendo en un desierto la altiplanicie de Nuria. Los grandes bosques, que están del lado en reclamación, están siendo desbastados”. Para mí la gran pregunta era hacia dónde iba esa enorme cantidad de madera. Solo les voy a decir una cosa: muchos muebles del palacio de Buckingham están hechos de nuestra madera. Muchas barras de los *pubs* de Londres son de árboles milenarios de nuestras selvas. Era terrible entender que la madera robada a los venezolanos era transportada por las carreteras del país, para evadir controles

internacionales e impuestos, por no contar en esos lugares remotos con una red de comunicaciones que evite la sustracción ilegal de madera. Se pagaban y se daban el vuelto, pues.

Después de muchos años, revisando unas cajas de libros de mi padre, me encontré con una bibliografía extensa del caso del Esequibo y a lo largo de más de diez años me la he aprendido casi de memoria. Allí entendí cómo perdimos el territorio Esequibo y que, según a mi juicio, será muy difícil de rescatar. El legítimo territorio venezolano del Esequibo ha sido sistemáticamente saqueado por más de ciento cincuenta años, por intereses de capitales internacionales. El impacto ecológico que han producido ha sido de proporciones apocalípticas. Jamás el territorio del Esequibo volverá a ser el mismo.

La historia de cómo perdimos 153 000 kilómetros cuadrados de nuestro territorio es muy larga y ha tenido a lo largo del tiempo altas y bajas, pero puedo describirles con pocas y coloquiales palabras lo que pasó: ¡nos malandrearón! Venezuela siempre, desde que comenzaba su era republicana, ha reclamado, primero, la invasión de colonos —desde la margen izquierda del río Esequibo hasta el trazado de líneas limítrofes— que solo buscaban acercarse al cinturón verde (*Green belt*), lo que ahora es conocido como el Arco Minero, la zona más rica en metales preciosos del planeta.

En 1841, bajo los auspicios de la Royal Geographical Society, Robert Schomburgk fue enviado en un viaje de exploración botánica y geográfica a la entonces colonia inglesa de la Guayana Británica, para definir las fronteras con Venezuela y Guayana Neerlandesa (hoy Surinam). Esto era necesario, porque cuando Reino Unido tomó posesión de la Guayana Británica (conocida como las colonias del Esequibo, Demerara y Berbice) mediante el tratado de anglo-neerlandés de 1814, los Países Bajos no habían definido la frontera occidental con la ahora independiente Venezuela. Esto dio lugar a un estudio, que es lo que se conoce como la Línea Schomburgk,

una frontera que efectivamente solicitó 30 000 millas cuadradas (80 000 km²) adicionales para la Guayana Británica.

En términos generales, la controversia fronteriza se remonta al siglo XVI, cuando británicos, holandeses y españoles eran rivales en esta parte de América del Sur. Sin embargo, la fijación de una frontera precisa, inicialmente no era una prioridad para las potencias coloniales, dada la naturaleza de poco desarrollo en el territorio en cuestión. El conflicto comenzó en 1841, cuando el gobierno de Venezuela protestó lo que consideró una invasión británica en territorio venezolano. Venezuela reclama la Línea Schomburgk, alegando que el Reino Unido había invadido ilegalmente unas 30 000 millas cuadradas (80 000 km²) de su territorio, sosteniendo que sus fronteras llegaban al este, hasta el río Esequibo, invocando el principio del *Uti possidetis iuris*. Cuando se descubrió oro en el territorio en disputa, el Reino Unido trató de ampliar su alcance, reclamando unas 33 000 millas cuadradas (85 000 km²) adicionales al oeste de la Línea Schomburgk.

En 1841, Robert Schomburgk trazó una línea fronteriza desde el río Moruca hasta el Esequibo, de una extensión de 4 290 km². Luego trazó una segunda línea llamada Norte-Sur que abarcaba la desembocadura del Amacuro hasta el monte Roraima, lo que representaba unos 141 930 km². La migración de los colonos británicos hacia los territorios situados más allá de la margen izquierda del Esequibo originó la primera reclamación de Venezuela ante Gran Bretaña.

El Reino Unido tenía muchas otras preocupaciones por su imperio y no tenía ningún deseo de un conflicto en las Américas, lo que causó que el primer ministro, el marqués de Salisbury, aceptara someter la controversia a la Comisión de Fronteras estadounidense. Hay que recordar que Venezuela había recién salido de dos grandes y sangrientas guerras y estaba agotada y desolada; la poca vida institucional de la nación estaba centrada en Caracas, matizada por el

derroche, el champán y el rapé. En 1899, finalmente se constituyó en París un tribunal arbitral, cuya decisión debería ser aceptada por ambas partes como forma de resolver el litigio. El llamado Laudo Arbitral de París, del 3 de octubre de 1899, increíblemente dispuso que la frontera siguiera la demarcación que Schomburgk propuso en 1835, y no según los títulos o mapas originarios fundacionales de la Capitanía General de Venezuela. La decisión ha sido históricamente reclamada por Venezuela, sobre la base del miembro ruso de la comisión que actuó incorrectamente, además de que ningún venezolano pudo participar en el arbitraje, solo británicos, estadounidenses y otros extranjeros. El delegado por Venezuela fue un abogado norteamericano llamado Severo Mallet-Prevost, un hombre de principios que trabajó incesantemente en defender los intereses de la naciente nación, invocando el principio de la doctrina Monroe “América para los americanos”. Esto no bastó para poder parar la investida colonial de los ingleses y es presionado en el último momento del laudo para aceptar la Línea Schomburgk. De no ser así, entonces se establecería como línea limítrofe la Línea Roseberry, que llegaba hasta Uputa; tomarían el delta del río Orinoco, Guasipati, El Callao y Tumeremo. Es decir, que el hato Cabayape estaría dentro del despojo imperial y los Porras jamás hubieran sido dueños de ese hermoso territorio. Prevost deja una carta, que tendría que ser abierta después de su muerte, donde habla de la infamia y despojo producido por el laudo. Esto desata una protesta nacional, y en 1966, un grupo de conspicuos venezolanos logran sentar a los británicos en una mesa y firmar el famoso Tratado de Ginebra. Los ingleses, al verse acorralados por la verdad venezolana, otorgan a la Guayana Británica la independencia y mantienen su poder colonial detrás de bastidores. Es ahora que se han descubiertos gigantescos yacimientos de petróleo y gas en las costas de la Zona en Reclamación, y los guyaneses han otorgado ilegítimamente licencias para su exploración y explotación, lo que pone a ese lugar del planeta en un punto crítico

de fuerzas por poseerlo y seguir esquilmandole a los venezolanos de sus riquezas. Ellos serían capaces de provocar una guerra, como la que tuvo Irak por los territorios sustraídos a Kuwait.

Hace cuarenta años, cuando fui por primera vez a Cabayape, pude ver con mis propios ojos que esa tierra oscura y tenebrosa que llamaban Zona en Reclamación era tan venezolana como yo, tan hermosa, y que quizás nunca podríamos pisarla como parte de la patria venezolana.

El hombre y su verde caballo que se tornó azul

La tierra encharcada, impregnada de dolor, es donde los lamentos del indio Genaro avanzan hacia el río enrojecido que conduce hacia la muerte. ¿Es acaso solo dolor esta vida?, me pregunto. Estoy seguro de que no. Pero vaya que se sufre.

El hombre y su verde caballo persiguió a mi papá toda su vida. Quizás porque era —en su más íntimo recodo— su vida misma. El amor y el dolor siempre acompañaron la vida de papá. Ayer recuperé un libro que Elisa me dejó cuando se fue a España. Sorprendido de que se deshiciera de tan preciada joya, desde que lo tengo siento una energía especial cuando lo leo. En su dedicatoria leo que, por primera y única vez, mi padre se refiera a mamá como “amor mío”, y pienso que mamá tuvo mucho que ver con la corrección de estilo de esta obra, que era el sueño de aquel joven escritor y que lo catapultó al Olimpo de los cuentistas hispanoamericanos. Hoy comparto el honor de tener este libro, el número uno de esta serie, autografiado y dedicado, y que ya cumple setenta y un años de haberse escrito. Es *El hombre y su verde caballo*, que al pasar el tiempo se tornó en azul.

Carlos Romer

Una gran amiga de Esther en Villa Croacia, siempre nos visita los sábados en la casa. Venezolana oriunda de Ciudad Bolívar, Mucky ha hecho de sus visitas una hermosa rutina. Hablamos, reímos y compartimos un cafecito. Algunas veces nos trae tortas o alguna fruta de su jardín. El sábado pasado, como siempre, nos visitó y Esther le enseñó a hacer pan francés. Ella encantada, porque sé que le tiene cariño a Esther, de corazón. Durante la conversación, de repente, me dice: “Ruy, arreglando algunas cosas en la casa me encontré un cinturón de Karl (su difunto marido), de cuando era de las Juventudes Hitlerianas. Creo que tiene algún valor y lo quiero vender”. De inmediato le dije: “Déjame verlo. Marina, para mí tiene un valor histórico incalculable”. Karl Rohmmer murió en 2005. Fue uno de los fundadores de Villa Croacia, que junto con mi papá y muchos otros construyeron la urbanización a billete limpio, pues. Desde la carretera hasta el sistema de agua fueron iniciativas privadas. Ella me contaba con nostalgia su vida junto al alemán y me sorprendió una de las muchas anécdotas de su complicada existencia: cómo pudo salvarse de la muerte después de la guerra, pues estuvo en el último frente, muy cerca del búnker donde estaba Hitler, defendiéndose de la investida soviética. Me cuenta Mucky que Karl, desde los seis años de edad, tenía que ir a clases en la mañana y cursos premilitares en la tarde, y los fines de semana los llevaban a acampar en otras localidades. Fue así que Karl formó su recia personalidad y carácter. A los dieciséis años fue capturado y enviado a un campo de concentración —los mismos que utilizaban para exterminar a judíos—, donde al poco tiempo

logró escapar y regresar a su casa. Una vecina, que había perdido a su hijo en la guerra, lo delata, y con lo único que tenía puesto, se escapa en una bicicleta y recorre la mitad de Europa, hasta llegar a Barcelona, España. Su travesía no fue fácil. En ese entonces todos odiaban lo que era alemán y Karl era un modelo ariano. No hablaba francés (mucho menos español), y aun así logró atravesar las líneas aliadas y sortear el sentimiento antialemán de la posguerra. Con los conocimientos adquiridos en farmacia, ahorra algo de dinero y llega a Venezuela, donde se establece. Pero nunca consigue olvidarse de su querida Alemania.

Ahondando un poco más en su vida, me dice: “Karl Rohmmer era familia del zorro del desierto, Erwin Rommel, aquel que logró batir a los franceses e ingleses en el norte de África (*Afrika Korps*), y poner a la humanidad al borde del apocalipsis. El único nombramiento de mariscal que hizo Hitler en la guerra fue para Erwin Rommel. Pero, al parecer, estuvo involucrado en la Operación Valquiria, para intentar asesinar al Führer, y es conminado a suicidarse con arsénico y así tener un funeral de Estado”. Ensimismado por el relato, le dije que habría sido difícil vivir con un hombre con ese pasado, a lo que rápidamente me contestó: “¡Karl era un *gentleman*! Todos los domingos, al despertarme, me encontraba el desayuno listo, con un gran ramo de flores como centro de mesa. Me abría la puerta del carro para que yo entrara; nunca me alzó la voz ni pronunció una mala palabra frente a mí. De verdad, Ruy, lo extraño tanto”. Karl Heinz no tuvo elección. Él nació en un mundo dominado por el fanatismo de un hombre que prometió un reino de mil años al que lo siguiera, y que aplicaba la premisa: “O estás conmigo o estás contra mí”. Yo me preguntaba, ¿cómo es posible que un hombre que prácticamente nació y creció, hasta la adolescencia, curtido por las más terribles calamidades que el ser humano haya vivido pueda ser sutil como una flor? Así es el ser humano, capaz de darle cabida a lo hermoso y poético junto con lo terrible y lo trágico.

Después de esa larga charla con Mucky reflexiono sobre el destino de la humanidad. Solo imaginar a una sociedad subyugada, como la alemana de los años treinta, me aterra. En situaciones sociales, políticas y económicas críticas, como la que estamos viviendo, el ser humano encuentra un camino en extremo difícil para conseguir una vida plena. Somos marionetas que se mueven al compás de fuerzas que quizás nunca entenderemos.

Carlos Rommer —como le decíamos en Villa Croacia— fue un ser humano excepcional, que nació sin saber que su vida sería estafada por una guerra sin sentido y que casi acaba con la libertad de la humanidad. Historia viva...

Soñaba

Eran las 3:25 a. m. en Villa Croacia. Una de las madrugadas más hermosas que he visto. La luna llena, inmensa, se derretía sobre el mar. Dejaba un halo misterioso que llegaba hasta la casa, y me hipnotizó.

Empecé a revisar unas fotos que Xavier me había prestado en la despedida que le hizo a Axel, Marisa, Elisa y Jorge, en enero de este año, y me encontré con una carta que me emocionó. La carta iba dirigida a Xavier —quien contaba con apenas un año de edad—, escrita por mamá. Yo no había nacido aún.

Sentí de inmediato la presencia del espíritu angelical de mi madre. Me dije: “¿Eres tú, verdad?”. La casa estaba en silencio, pero la luna seguía allí. Todo estaba y no estaba. Cuando empecé a leer la carta me di cuenta de que era, sin duda, una señal, no solo para Xavier sino para todos sus hijos.

Mamá, esta carta lleva aquí sesenta y siete años, y no nos habíamos dado cuenta. ¡No podemos vivir sin soñar! Pero sí he vivido soñando con un mundo mejor, más justo, y nadie me ha escuchado. No, el sueño del que hablaba mi madre es el que iluminaba las manos de mi hermano. Es el sol que calentaba sus manos y, al darse cuenta que era bueno, soñaba.

Pedro Antonio Medina

La primera vez que viaje al estado Sucre fue a un caserío llamado Chuparipal. Tiene una calle con diez casas en donde se detuvo el tiempo, a escasos diez minutos de El Pilar. Allí todo es más lento.

Para llegar a la casa de Pedro Antonio había que parar el carro al lado de una pequeña cañada y caminar un poco. De repente, todo estaba cubierto por grandes árboles de hasta treinta metros de altura. Allí me di cuenta de que el tiempo de los pobladores de esa tierra era muy diferente al mío. La primera noche que pasé aquí me sentía como un secuestrado en la selva colombiana. Dormí incómodo y con mucho calor, pero al llegar la madrugada la magia de la selva se apoderó de mí. Me fui solo a recorrer la hacienda de Pedro Antonio y llegué hasta un río hermoso, que dibujaba los linderos de esa tierra maravillosa. Pedro Antonio Medina fue un hombre que me cautivó en el acto. Campesino de profesión, noble de condición, logró sacar a sus hijos adelante con el poquito dinero que le daban sus siembras; pero siempre fiel a la fuerza de su moral, dedicación y honestidad. Su pasión era el béisbol, tanto que el día de su muerte todo el pueblo llevó el féretro hasta el *home* del campo de Chuparipal; allí oficiaron una misa y hasta cantaron el himno nacional. El traslado del cuerpo desde el campo al Cementerio del Rincón duró más de siete horas —tan solo por tres kilómetros de distancia—, lo que originó una tranca descomunal de Carúpano a Güiria... Pero Pedro Antonio era solo un campesino.

Una de las anécdotas que más disfrutaba de Pedro Antonio fue cuando el equipo de Chuparipal —dirigido por él— ganó un juego y el trofeo era una chiva. Al conseguir la victoria, Pedro Antonio

le dijo a su equipo que de ninguna manera iban a comerse la chiva porque era mejor sacarle crías. Pedro Antonio fue un cazador notable. Visitantes de Japón iban a buscarlo para cazar en la selva de Paria. Pero al mejor cazador se le va la liebre. Una terrible noche de abril del 2009, se quedó dormido y una de sus escopetas se accionó y lo mató en el acto. Pedro Antonio era el padre de Esther.

Las muestras de dolor durante su funeral me sorprendieron. Nunca había visto tanta gente llorar al mismo tiempo. Era como un concierto de lamentos, que hasta los grillos, ranas, búhos y murciélagos se unieron al sufrimiento de su partida.

Pero no fueron en vano sus lágrimas, porque la tierra de Chuparipal absorbió hasta la última gota y las convirtió en verde exuberante de la selva, su río más caudaloso y sus árboles centenarios se erguían con más fuerza hacia el astro rey.

El sol llovía sobre su cabeza

Yo no entendía la magnitud de la obra de mi papá hasta muchos años después, ya cerca de la medianía de mi vida. Una noche de 1996, en el Ministerio de Relaciones Interiores, el ministro Ramón Escovar Salom —el Pirujo— me llamó a su despacho para solicitarme un gran favor: “Dile a tu papá que me haga el honor de acompañarme a un ágape que estoy organizando para el día del escritor”. Así lo hice. Aunque yo vivía con él, mi papá me dijo que quería llegar solo. Yo, que en ese entonces era el jefe de prensa del Ministerio, estaba ocupado por la impresión que daba el ministro en la opinión pública nacional. La reunión se efectuó en el primer piso del Ministerio, frente a las puertas del despacho del ministro. Ya todos los invitados estaban presentes, menos mi padre. Adriano González León fue el primero en intervenir, diciendo: “Por primera vez, la poesía entra a la casa de la policía”. De pronto, alguien subía las escaleras pausadamente. Era papá. Adriano González exclamó: ¡“El genio”!, y todos, al ver que era Antonio Márquez Salas, aplaudieron al unísono. Fue emocionante. Los asistentes lo rodearon, y casi como si fuera el coro de una canción, riéndose, exclamaron: “El sol llovía sobre su cabeza”.

Quizás yo no estuviera aquí

De niño rechacé la lectura de los llamados libros mágicos y lógicos de la frondosa biblioteca de mi casa. Toda la familia la utilizaba frenéticamente, menos yo. Para mamá y papá era una tragedia familiar. Recuerdo que hasta llegaron a aplicarme castigos severos. El sonido de la correa saliendo de la cinturilla del pantalón de mi padre era aterrador. En los últimos años de mi niñez, le perdí el respeto a todo. Fue el principio de una rebeldía que, ahora comprendo, me hizo mucho daño en la vida. No soportaba que fuera objeto de la cruel discriminación familiar solo porque era un poco más lento que mis hermanos, o simplemente porque no me gustara leer las cosas que ellos leían. A mí me gustaba la historia universal y la geografía.

Una vez soñé que mi mamá me había parido en el espacio y que yo era ciudadano del mundo. Me sentía orgulloso de que en mi país no había fronteras. Qué orgullo sentía de tener un desierto tan hermoso como el Sahara; lagos como el Victoria y Alberto —origen del imponente Nilo—, cuyas aguas milenarias atraían la mirada de Ramsés el Grande; el impetuoso Yangtsé, en las tres gargantas; la tranquilidad virginal de la península de Kamchatka o la majestuosidad del vuelo del cóndor sobre los nevados andinos. ¿Cómo no sentir orgullo de la gran marcha de Mao o del desenlace de la batalla de blindados de Kursk, en la Segunda Guerra Mundial? Solo me sentía diferente.

A pesar de mi renuencia a la lectura, puedo recordar las charlas magistrales de papá dentro del carro, cuando íbamos de paseo algunos domingos. ¿Cómo no recordar las emocionadas reflexiones sobre el libro *Trópico de Cáncer*, de Miller, y su prosa que rayaba en

la obscenidad? ¿Cómo olvidar las inmensas e interminables frases de Faulkner, llenas de veredas psicodramáticas y emocionales, o la brevedad conceptual de Hemingway? Lo que no sabía nadie es que tenía una grabadora en el hemisferio izquierdo. Pero tengo que reconocer cuánto me ha servido en la vida esos recuerdos sonoros. Si no hubiera sido por ellos, quizás ya yo no estuviera aquí.

A los cien años del nacimiento de papá

El sol llovía sobre la pobre cabeza del indio...

ANTONIO MÁRQUEZ SALAS

Los caminos que nos traza el destino son ineludibles. Marcados por la genética, tenemos que aprender sobre la marcha cómo lidiar con percepciones producto de procesos físico-químicos almacenados en la materia gris. Decía papá, en su libro *Dombo Salah Har y sus 32 mujeres*: “Somos vasos comunicantes (...) que se retuercen, estremecen, pero seguimos allí”.

El reencuentro con mi padre fue para mí como entrar en un agujero estrecho, pero que al mismo tiempo tenía una gran fuerza gravitacional. De pronto comprendí que ya no era mi padre a secas y que si quería vivir con él, lo tenía que volver a amar otra vez. Sí, porque creí haberlo dejado de amar y entendí que eso era imposible. Comprender que era un hombre y no un dios fue difícil para mí. Él no tenía alternativa, como yo tampoco la tenía... Era un pacto de vida o muerte.

Disfruté cada palabra y cada gesto porque siempre, hasta el último encuentro, aprendía algo nuevo con él. En el fondo, creo que compartimos la misma naturaleza, cuyo destino es vivir en un mundo paralelo y totalmente ajeno a la realidad terrenal. Nuestro pacto no duró mucho, a lo sumo tres años. Tuve la osadía de proponerle que yo lo cuidaría hasta su muerte; y de pronto, un día me sorprendió —a sus ochenta y un años— diciéndome que se quería casar otra vez. “El infierno está aquí en la tierra”, me dije. Pero ¿quién soy yo para juzgarlo?

Todos los sábados, temprano en la mañana, teníamos un ritual: ir a Anábasis. Hacíamos tres paradas habituales: la primera, en el mercado Quinta Crespo, donde comprábamos lo del fin de semana; una parada obligada en una arepera llamada Castillito (puedo certificar que, durante tres años, todos los sábados se comía una arepa de carne mechada con queso amarillo), y la última parada infaltable era ir a un quiosco que estaba en la esquina frente al Gran Café, en el Bulevar de Sabana Grande, donde compraba un ticket de la lotería de Miami. Me decía: “Ruicito, si lo ganamos, te compro una Toyota 4Runner”. Después, tomábamos la autopista hacia La Guaira; no había mejor momento para él. En el camino, ejercitábamos el ego y jugábamos a cambiar el mundo. Decía: “Si yo fuera presidente, acabaría con la falta de vivienda”. Hacíamos competencias de capitales del mundo o nombres científicos de plantas y animales. Sus preferidos eran el nombre científico del gran tiburón blanco (*Carcharodon carcharias*); el de la tigra mariposa (*Bothrops atrox venezuelensis Sadner*), llamada así por un gran amigo suyo, el ofidiólogo Sadner Montilla; el de la serpiente cascabel (*Crotalus durissus terrificus*), o el del cují autóctono de la familia de la *Mimosa hostilis*. Nos reíamos juntos. Qué difícil era decir eso unos pocos años antes.

Rápidamente, me convertí en su edecán. Aunque el puesto fue exigente duró poco, bueno, yo diría lo necesario. Como todos los días, él llegaba puntual a las cinco de la tarde a la casa y se ponía a ver televisión o a escribir su novela *Viaje a Thule*, en su maquinita mecánica Olivetti. Era impresionante cómo escribía de rápido, sin utilizar todos sus dedos. Le encantaba ver el *mise-en-scène* de la serie el Zorro y disfrutaba hasta el éxtasis los programas de animales de Vale TV.

Una noche, yo estaba en mi cuarto y de repente oigo un grito de papá. Salgo al salón corriendo y le pregunto: “¿Qué pasó? ¿Te pasa

algo?”. A lo que él me contestó, con cara de júbilo y jamaqueando los brazos: “¡Ruyyyyy, no joda, descubrieron el Viagra!”.

Él la miraba

Él la miraba con sus ojos de rayos X. Sus manos la tocaban de arriba abajo y de abajo hacia arriba, como si fueran un tomógrafo. Podía ver sus órganos palpitantes. “¿Te gusto?”, le decía ella, pero aquel hombre solo sentía placer en el silencio de sus recodos más íntimos. Un zumbido en el oído izquierdo le alertaba que su presión sanguínea estaba aumentando. Sus manos secas y agrietadas se ablandaron por la humedad de sus inseguridades, que desde la adolescencia le perseguían. Él seguía contemplándola callado; quizás porque no creía lo que estaba sucediendo. Ella le volvió a preguntar: “¿Te gusto? ¿Dime?”. El trance de aquel hombre no acababa, su percepción la dirigía hacia su pierna derecha. Sus rodillas se doblaban, aunque él trataba de no aflojarlas. Sus tobillos le dolían, pero era un dolor que partía de lo más profundo del hipotálamo. De repente, ese hombre que no quería hablar, que descubrió lo sublime del silencio, rompe de la nada y en voz baja —quebrantada por la bella figura de aquella mujer, tan transparente que se podía ver al otro lado del mundo—, le susurra al oído: “Eres como la mañana que lo revive todo, como la brisa marina que se convierte en rocío salado de vida. Eres como la savia de aquel árbol gigantesco que le da sombra a mis esperanzas, donde pájaros anuncian tu llegada, vida mía”.

El terremoto de Caracas de 1967

Era la noche del 29 de julio de 1967. Parte de la familia estaba en el comedor de la casa, pero Axel y yo estábamos en nuestros cuartos. Xavier e Iván Humpierres estaban en el garaje, que era la biblioteca de la casa. Un sonido que salía de la tierra nos sorprendió. Era un terremoto. Mi papá estaba en interiores y empezó a correr de un lado a otro diciendo: “Axelito, Axelito”. Luego fuimos todos a la cocina y papá no podía abrir la puerta. Cuando lo consiguió, salimos todos y, en medio de la calle, rodeamos a mi mamá. Al darnos cuenta de que ni Xavier ni Iván salían, empezamos a llamarlos a gritos. Finalmente, salieron corriendo del estacionamiento. ¡Qué alegría!, estaban bien. El primer movimiento duró cerca de tres minutos y era como una suerte de sacudón hacia los lados. Luego se calmó, y a los pocos minutos empezó otro mucho más intenso, este con movimientos ondulados. Recuerdo que subíamos y bajábamos, y los árboles se bamboleaban: parecían vivientes, como salidos de una película de terror. Unos días después, papá nos llevó en el carro a hacer un *tour* por los alrededores, para ver los edificios derrumbados por el terremoto (Neverí, San José, Palace Corvin y Mijagual). Aunque no nos permitieron acercarnos, el olor a muerte era inconfundible.

Viajes familiares

De los viajes que hacíamos en familia hubo uno que nos cambió la vida. Eran buenos tiempos económicos y mi papá tenía un fabuloso Cadillac de color negro, en el cual hicimos uno de los más hermosos viajes. No sé por qué me viene a la memoria el recuerdo de ir subiendo de Valera hacia La Puerta. El paisaje era irreal, más bien se parecía al cuadro de Van Gogh, *Vista de Arles con lirios en primer plano*: un degradé de colores —del azul intenso al verde—, una hermosa casa de campo flanqueada por pinos muy altos y los cuatrerros simétricamente dispuestos, con un pasto fino y una alfombra de flores amarillas. Las vacas y los caballos pastaban apacibles, confiados en que no tendrían acecho alguno. Al subir la trasandina, como siempre, había una historia para todo. Mi padre nos contó que los presos de la época hicieron, a pico y pala, la carretera, que sinuosamente iba escalando la cumbre hasta llegar al pico el Águila (que realmente es un cóndor), a más de 4 000 metros de altura. Allí paramos y entramos en una especie de cabaña, donde nos tomamos un sabroso y recuperador chocolate caliente. Al terminar fuimos hasta el monumento y nos hicimos una foto familiar.

El trayecto hasta el momento fue tranquilo y sin contratiempos, pero al llegar a Timotes, en una bajada larga y angosta, ya llegando al pueblo, al Cadillac se le fueron los frenos. Fue un momento de peligro, pero mi papá pudo parar el carro con la ayuda de un banco de arena. Nos metimos en un merendero, donde comí una rica arepa andina con revoltillo de huevo, y se nos olvidó el percance. Al bajar la carretera vía Mérida, nos detuvimos en San Javier del Valle, una casona para retiros espirituales que fuera construida, a modo

de homenaje, en el lugar en donde se había estrellado un avión en el que viajaban niños y jóvenes. Nos hospedamos en un hotel justo enfrente a la plaza Bolívar y, a pesar de mi corta edad en aquel entonces, recuerdo que uno de mis hermanos había enfermado. En la madrugada, mi papá mandó a Xavier a buscar una farmacia donde comprar una medicina. Ya Xavier mostraba su talento para ser médico, porque siempre estaba atento y dispuesto a cuidarnos, como el hermano mayor que era.

Recuerdo que, durante este viaje, visitamos a unas tías de papá, que nos convidaron a comer unas nefastas carabinas. Todos caímos enfermos.

Subimos en el teleférico y llegamos a la estación del Pico Espejo. De allí, mi papá emprendió con todos nosotros una caminata a la laguna Los Anteojos, que se veía lejísimos desde la estación. Era increíble, la laguna estaba casi a 4000 metros de altura.

De regreso por la carretera de Santo Domingo, después de visitar el Hotel Moruco, mi padre se detuvo al pie de una chorrera, que se deslizaba por debajo de la vía. Prácticamente, nos obligó a bañarnos en las gélidas aguas de esa cascada. Como siempre, yo lloraba y mi mamá sufría al ver el peligro. A Martín también lo obligó a bañarse. Después de esa locura, Martín cayó en cama con una bronconeumonía y se le complicó de tal forma que le degeneró en asma crónica, de la que todavía padece. Papá nunca se perdonó que su hijo predilecto enfermara por su culpa.

En otro viaje que hicimos al centro del país, pernoctamos en Puerto Cabello, en el Hotel Cumboto. Recuerdo ese lugar como si fuera ayer porque sus ventanas daban hacia el mar y podía escuchar el rugir de las olas y un viento obstinado intentando pasar por los espacios de la romanilla. Esa noche, Martín volvió a enfermarse y Xavier se encargó de cuidarlo, frotándole con su mano el pecho y la barriguita. Al preguntarle Xavier cómo se sentía, Martín se quejaba haciéndole ver que seguía mal. Al amanecer, mi hermano

mayor, desvelado y cansado, nuevamente interrogó a Martín para saber cómo se sentía y él le contestó que desde temprano se sentía repuesto. Al increparle Xavier, “puesto que no había podido dormir por estar frotándole su pecho”, Martín le respondió: “Es que se sentía muy *chaboso*”.

El pito de Piñerúa

Hay muchas cosas que han marcado mi vida, pero creo que la que definitivamente fue la huella más profunda ocurrió en 1978. Mi madre acababa de morir y ella era la única que comprendía que yo estaría en problemas cuando ella se fuera al cielo (único lugar en el que mi madre puede estar). Entré en una especie de bloqueo y me dediqué a seguir mis instintos más básicos.

Mi hermano Axel me dio la oportunidad de trabajar en su oficina en la Pirámide de Betkoff, en Prados del Este, y allí, como de la nada, se me ocurrió una gran idea. Oyendo la radio en un pequeño transistor que tenía Gámez Calcaño —amigo de papá y socio de Axel— en la oficina, escuché por primera vez el *jingle* de una cuña política del candidato de Acción Democrática, Luis Piñerúa Ordaz. De golpe miré mis manos y empecé a tararear los acordes finales de la cuña. Decía Pi-ñe-rú-a moviendo mis dedos y ¡bum!, silbé los acordes de la cuña y me dije: “un pito”. Inmediatamente, llamé a mi mejor amigo en aquel entonces, Miguel Ángel Larralde, y le conté mi idea. Él fue a mi oficina y planeamos el diseño de un pito de amolador. Tomé las páginas amarillas y encontré una empresa que hacía artículos de plástico llamada Manaplas, que entonces gerenciaba José Manuel Otero, un cálido español que vio en mí a un joven soñador, al que ayudó a materializar su idea. Cuando treinta años después visité a Otero en su oficina para saludarlo, me dijo: “Ruy, el pito es el suvenir político de más alto impacto que he visto; será recordado como lo más emblemático del *marketing* político en Venezuela. Imagínate que desde Perú me están llamando para hacerme pedidos de pitos, que serían utilizados en la campaña política

de Keiko Fujimori”. Otero mandó a buscar a España los pitos que necesitaba para hacer el prototipo. Una tarde de septiembre de 1978, en la casa de un primo de Miguel Ángel, elaboramos el prototipo. Luego, con ayuda de un amigo de papá, lo registré en el servicio de Propiedad Intelectual como “Pito peculiar que asemeja el silbido del amolador”. Al día siguiente se lo lleve a Otero y en menos de una semana ya sabíamos cuánto nos iba a costar la producción de un millón de pitos. (Solo el molde costaba 550 000 Bs. de la época, más 0,50 Bs. por cada pito producido). En esa misma semana se lo llevé a Enrique Núñez, hermano de Oswaldo, muy allegado al policía Izaguirre, y pudimos tocarlo en la Secretaría General de AD. Izaguirre se rio a carcajadas, pero luego nos dijo: “Yo no tengo plata para hacer esa vaina”.

Un cuñado de Miguel —creo que se llamaba Luis Leal— nos refirió a un nefasto capitán que conocía a un influyente burócrata de esos tiempos, Bobby Pocaterra, un caimán de aguas turbias que había sido hasta ministro de Fomento. Bobby fue el que financió el pito y Cortez, el que hacía los pagos. Se produjeron un millón de pitos en seis semanas y se regalaron a AD 600 000, porque hábilmente mandaron a poner la inscripción “Vota blanco” en el pito y después me prohibieron su venta. Los otros 400 000 eran para vender en la calle. Otero me salvó el pellejo porque yo no recibí de AD ni de Bobby, y menos de Cortez, un solo bolívar. Otero me dio 0,50 Bs. por cada pito producido, es decir, 500 000 Bs., que era una fortuna para la época.

El pito marcó mi vida de tal forma que me ha seguido a donde voy. Cada elección tengo una idea nueva. Mi tesis de grado fue un estudio sobre el mercadeo político de Carlos Andrés Pérez, y con un trabajo de tesis titulado “En el 73 fueron sus piernas, en el 88 serán sus manos” logré graduarme en la Universidad de Temple de Filadelfia, en 1984. En los años noventa, diseñé la campaña “Vas a

seguir con ese calamar” y “Sigam Al-Faro”, y en la primera década del 2000, “El cochino y 350”.

Siempre quise ser una especie de Joe Napolitan del mercadeo político en Venezuela. Evidentemente, no lo fui y ya lo único que quiero es vivir en paz los años que me quedan. Sin embargo, a veces, me entra una ansiedad repentina y me digo: “Y si esta idea funciona, ¿qué pasaría?”

Estoy seguro de que Miguel Ángel también se acuerda de la canción *I Will Survive*, de Gloria Gaynor...

Vampiros en la casa

A mediados de los sesenta, la sección de sucesos de los principales diarios de Caracas hablaban de unos vampiros chupasangre, que habían conseguido en la casa del famoso locutor Franklin Vallenilla. La ciudad estaba consternada. Una de esas noches, estaba durmiendo en mi cuarto cuando, en sueños, oí algo parecido a un susurro de auxilio: “Ruuuuy, Ruuuuy”. Asustado me levanté y abrí sigilosamente la puerta del cuarto cuando, de repente, Xavier sale del baño corriendo hacia mi habitación y cierra la puerta como asustado. ¿Adivinen? Había un murciélago volando por el pasillo de la quinta Hilda María. No podíamos creerlo. El vampiro había llegado a nuestra casa.

La quinta Shangri-La

Vivíamos en la quinta Shangri-La, ubicada en la calle que subía del Instituto Escuela de la Florida hacia la calle Sendero de San Rafael —esa que ahora se dirige a Globovisión—. Iba con Ernesto Weil, y desde una casa se escuchaba esa canción de Chucho Avellanet, *Jamás te olvidaré*, a todo volumen. Parece que fue ayer...

Los perros de mi vida

Mi amor hacia los perros no es un capricho circunstancial. En mi familia, nuestras vidas siempre han estado acompañadas por amorosos perros. Mis recuerdos de *Kopita*, una *terrier* que le regaló la señora Bergani a mamá, son muy vagos; *Pinocho*, un *collie* prodigioso que se salvó milagrosamente de un envenenamiento y regresó a la casa solo, desde el centro veterinario que quedaba a más de diez kilómetros; *Morgan*, un *terrier* marrón hermoso, que no sé por qué se lo regalaron a mi tía Efi; *Polaca*, una *pointer* que no se adaptó a nosotros, y finalmente, *Plop*, una perra que se ganó mi hermana Irene en una rifa y que pasó a ser un miembro más de la familia —tanto, que cuando mi mamá cayó enferma había que llevarla cargada al jardín para que hiciera sus necesidades, porque no quería separarse de la puerta de su cuarto—. La muerte de *Plop* me la comunicó Elsa por teléfono, pues en ese momento yo estaba viviendo en Filadelfia. Lloré a moco suelto. Todavía recuerdo la caseta telefónica desde donde recibí la triste noticia. La muerte de *Plop* marcó mi separación (o desprendimiento) total del resto de mi familia. Yo ya estaba por mi cuenta...

Ojalá que te mudéis

Una de las cosas que recuerdo de mi niñez y adolescencia son las mudanzas. De la quinta Chichita (nombre que le daban los cercanos a mi abuela Ángela), me acuerdo vagamente. De la mudanza a la quinta Hilda María, solo conservo el recuerdo de un camión 650 lleno de cajas. Sí, cajas que contenían 8000 libros cuidadosamente embalados y clasificados por mi mamá. La mudanza a la quinta Shangri-La fue difícil, porque mi mamá sufrió de una laberintitis que casi le ocasiona un accidente de tránsito (iba manejando). Después nos mudamos a la Macarena y una vez más, mis hermanos y mi mamá embalaron y clasificaron los libros de la grandiosa biblioteca familiar. De la Macarena otra vez a la Hilda María y, finalmente, a la quinta Lafcadio. Muchas veces me pregunté qué hubiera sido de nosotros si nos hubiéramos mudado sin la tan pesada carga de nuestra enorme biblioteca, si al final fue desmembrada como la familia. Yo tengo 3657 libros aún en cajas. Libros de historia, política, algunos de poesía, que mis hermanos no quisieron, y otros preciosos como el libro de cuentos que mi padre le dedicó a mi mamá en 1947 y que cayó en mis manos como un ángel liberador. “Tengo el libro más importante de todos”, me dije cuando lo recibí.

Lo cierto es que las mudanzas en nuestra familia eran parte de la cotidianidad, aunque los maracuchos lo consideran una maldición. De allí que lleguen a desearle a su peor enemigo: “Ojalá que te mudéis”...

Juntos en familia

Una de las cosas que más añoro de los años de mi niñez es la unidad familiar. A pesar de que mi padre era una especie de cometa que solo se dejaba ver una vez por semana, mamá logró mantenernos unidos. Al final del pasillo de la quinta Hilda María estaba la sala, donde, en una esquina, había un gran televisor. Allí nos reuníamos con mamá a ver televisión. Una de las series que no nos perdíamos era *Un largo y ardiente verano*, que junto a *Míster Solo* y *Los vengadores* —y a veces, *Renny presenta*—, formaban parte de nuestra agenda familiar de los domingos por la noche. Yo me enamoré perdidamente, de Clara Varner, el personaje principal, que junto a Ben Quick nos enseñaba que el amor no entiende de clases sociales. El amor llega y ya, cuando menos lo estamos esperando...

La familia

Conocer sobre nuestro pasado es como hurgar en un entramado que tiene un origen, pero que no termina en nosotros. ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Por qué somos como somos? Es decir, nuestra personalidad, y cómo trazamos nuestro destino.

Por parte de la familia de mamá conservo imágenes vívidas de cuando visitábamos a tía Ana, Graciela, Alberto y Jorge Soto en los bloques de Sarria. Había que subir por una escalera abierta que daba hacia el estacionamiento y desde donde se podían ver los carros. Recuerdo el apartamento, muy humilde y con muebles cómodos pero antiguos; el cuarto de tía Ana, bastante desordenado y con un clóset lleno de peroles (y que en una ocasión mi mamá botó). A Graciela la veía como una mujer sufrida pero valiente, al criar a Alberto y a Jorge sola. De Nena, hermana de mi abuela, guardo en mi memoria las veces que la visitábamos en Cumbres de Curumo, en casa de Chavela y González, o el día de su accidente y también el de su muerte. Ellas eran unas heroínas que en su juventud viajaban por las carreteras polvorientas de Venezuela y les encantaba comprar ropa en Curazao y Aruba para revenderla en Maracaibo y en Caracas.

De mi abuela Ángela Bohórquez solo tengo el recuerdo de su tumba, cuando mamá, recién graduada de abogada, fue con todos sus hijos a visitarla. Es muy fácil llegar, pues está muy cerca de la entrada del Cementerio General de Sur, donde también están las tumbas de tío Humberto y de mi padrino, Raúl.

El patrimonio de las familias de mamá y papá sufrieron la envestida del mal. La familia de mi madre era dueña de la hacienda La Macandona, que comprendía gran parte de la margen occidental

de Maracaibo, perdida por la mala cabeza de mis ancestros; y por parte de papá, la finca Moconoque, que la abuela Elisa tuvo que entregarle, por una deuda de queso, a su hermana Dolores, casada con un Febres Cordero.

Mi mamá fue la princesa de su tiempo. “Hayita” era una hermosa e inteligente adolescente, muy protegida por su madre, sus tías y su hermano. No vieron con buenos ojos la relación de mamá y papá, porque a última hora, el “marchante” soltó la perla de que era divorciado y por eso no se podían casar por la iglesia.

Por línea paterna, estaban tío Hugo y tía Efi. Mi tío Hugo era muy áspero y lejano, pero tía Efi era lo máximo: siempre me traía regalos. Tía Efi siempre llegaba en su Fiat 1100 con ese gran hombre, Tonino Suprani, un fumador empedernido de la marca Capitol (un cigarrillo negro sin filtro), pero de sonrisa afable, al que le gustaba jugar ajedrez con mi hermano Martín.

De mi abuela Elisa solo conozco historias tristes. Me contaba papá que su niñez fue de una pobreza absoluta. En su primer día en Caracas, durmió en la plaza Bolívar y odiaba la avena porque fue lo único que comió durante mucho tiempo. De su padre no le gustaba hablar. Pero de su abuela tenía interesantes anécdotas, como que Elisa Pino fue hija de Juan José Pino, dueño de la finca Moconoque en Mucuchíes donde, en 1813, el Libertador Simón Bolívar —en su travesía con la Campaña Admirable— pernoctó y salvó su vida de milagro de un atentado. En muestra de su aflicción, por haber ocurrido tan horrible hecho en la finca, le regalaron un perro mucuchíes, al que Bolívar llamó *Nevado*.

Vivan los soviéticos

Hay que ver lo difícil que es criar ocho hijos, uno detrás de otro. Yo me sentí amadísimo por mi madre y creo que todos mis hermanos dirían lo mismo. No vi ningún sesgo de predilección de mi madre por alguno de nosotros; diría que nos amó a todos por igual, aunque sufrió por cada uno de sus hijos de forma distinta. No voy a contar mi percepción acerca de su sufrimiento por mis hermanos, solo digo que por mí, siempre he creído que murió angustiada por mi vida, porque me conocía más que nadie. Vivir y conocer a cada uno de nosotros, etapa por etapa, debió ser un trabajo monumental.

En una ocasión, para celebrar el Carnaval, mi mamá decidió disfrazarnos a Martín y a mí de guerrilleros de los sesenta, ¡qué idea tan increíble! El kínder donde estudiábamos quedaba detrás del Altamira Tennis Club, en la casa de la mamá de Tirsa, una linda chica que atraía la atención de todos. ¿Cómo se le ocurrió a mi mamá disfrazarnos de guerrilleros, precisamente en los años sesenta, cuando la policía política perseguía y hostigaba a la izquierda? Mis años de niñez fueron de formación prosoviética y progresista. Mi tío Humberto fue fundador del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y por eso cayó preso durante el gobierno de Rómulo Betancourt. Incluso, fuimos objeto de un allanamiento y mi mamá tuvo que esconder todo lo que aludía a la “subversión” política en el tanque de agua de la casa. Mi madre celebró la primera vuelta a la tierra en órbita hecha por una mujer —Valentina Tereshkova— y la primera caminata espacial del hombre, llevada a cabo por el soviético Leónov. También decía con orgullo que fue nominada a la mujer del año por el Sóviet por haber tenido ocho hijos. Mi madre, más

que socialista, era una mujer humanista, que creía en la igualdad de géneros, de amplio pensamiento y visión del mundo. Solo eso.

Las amigas de mamá

Guardo un especial recuerdo en mi memoria por las amigas de mi madre. Empiezo por la señora Bergani, su esposo (dueño de un cine en Puerto La Cruz) y su hijo Irán. Ella fue la que le regaló a mamá a *Kopita* y a *Morgan*, dos de sus perros más queridos.

Gladys Meneses era una amiga muy especial, pues era una de las pocas personas que se medía intelectualmente con mi madre. Le regaló unos cuadros que hoy valen una fortuna y que alguno de mis hermanos atesora. También recuerdo a la señora Garmendia, Carmen Delia Garmendia de Escovar Salom —esposa de Ramón Escovar y madre de Ramoncito—, a la que solíamos visitar en su casa en la Floresta. Conchita Cuervo, amiga del alma de mi mamá y madre de Aquiles (hijo del Dr. Heredia), y que en alguna Navidad visitamos en su apartamento de la avenida Solano. Recuerdo que tenía en la entrada de su hogar un Nacimiento muy grande y bonito. Rosita Muskus, que logró consolidar su amistad con mamá para siempre, cuando dos de sus hijos se casaron: Elisa (mi hermana) y Jorge.

Entre su extensa lista de amigos, también estaban el Dr. Kerdel Vegas y el Dr. Raga, que ya mencioné anteriormente. También estaba Enriqueta Mujica, de la que tengo bellos (me quería y consentía mucho) y terribles recuerdos, porque fue en su funeral la primera vez en mi vida que vi a una persona muerta.

El batazo de Sammy

Junio de 1960. Como cosa rara, el país estaba en medio de una puja política. De los años de mi niñez, hay uno que marcó de forma indeleble mi personalidad. Mis hermanos y yo estábamos en el jardín, fuera de la quinta Hilda María, jugando béisbol. Un vecino, Samy, estaba bateando. Para mi desgracia, pasé justo en el momento en que él cogía impulso con su bate y me lo estampó en la boca. Recuerdo que me llevaron al Centro Diagnóstico de San Bernardino y estuve hospitalizado por varios días. El golpe me destrozó la dentadura superior y tuvieron que reconstruirme los dientes superiores e inferiores. Para mi gusto, el doctor no me hizo un buen trabajo. Mi dentadura era una belleza, no la tendría otra vez así. Cuando estaba en la clínica con mamá, a mi lado oía los disparos entre el gobierno y grupos insurgentes de la izquierda juvenil. Parece que fue ayer o quizás sea un *déjà vu*...

Alí Alfonso

Cada vez que iba a su consultorio, para mí era un trauma. Cuando mi mamá tomaba el camino hacia Petare me invadía una sensación de terror: “¿Acaso vamos para allá?”, me preguntaba. Mis recuerdos de Alí Alfonso son una mezcla de amor y dolor. Tengo que reconocer que tuvo una inmensa paciencia conmigo, pero solamente recordar la entrada al edificio donde estaba ubicado su consultorio me transporta a una película de suspenso mexicana de los años cuarenta. Era un dentista práctico: “Si no tienes para el tratamiento de conducto, sácatela”, decía. El asiento era incómodo y los viejos instrumentos siempre estaban desordenados. El primo tan querido de mi mamá, Alí Alfonso Boscán Bohórquez, era un ser extraordinario por su calidez, humor y personalidad; un maracucho por los cuatro costados. Su voz era gutural y estridente. A él le adjudico mi animadversión hacia los odontólogos, que solo lo pudo mitigar una doctora que me enseñó que dentista no significaba dolor.

La última vez que vi a Alí Alfonso fue alrededor de los años 1986-87. Una vez más, me atendió con amor y no me cobró. Me llevó a un cuartico, que quedaba atrás del consultorio, atiborrado de pinturas y dibujos. Todavía recuerdo una pintura que teníamos en la quinta Lafcadio pintada por él y que le había regalado a mi hermano Xavier. Hablamos, reímos y nos despedimos. No nos vimos más. Alí Alfonso murió un 1.º de diciembre de 1989, frente al kiosco donde solía comprar el periódico o tomarse el cafecito obligado de todas las mañanas. Un infarto lo sorprendió.

Cacao, cacao

Las desapariciones de mi papá siempre, al final, eran recompensadas. Generalmente, aparecía los domingos por la tarde con regalos y unas fabulosas *pizzas* que hacían en el mismo edificio del Cine Altamira. “¡Llegó papá, llegó papá!”.

Nunca olvidaré las correrías de mi padre detrás de *Plop* y sus carcajadas. Tampoco su juego de resistencia física y psicológica, que consistía en agarrarnos las manos —mientras conducía el carro— y estrujarnos los dedos hasta quebrarnos de dolor. Solo nos soltaba al pronunciar la palabra “cacao”. Papá nos preguntaba: “¿Vas a pedir cacao o no?”. Si no había respuesta, apretaba más duro, hasta hacernos llorar. En cierta ocasión, en el garaje de la quinta Hilda María, quiso jugar a pedir cacao mientras practicaba lucha grecorromana. Martín fue el elegido. Mi hermano, habilidosamente, pudo rodearlo y aplicarle su famosa “tijereta de la muerte” y atrapó a mi padre con tanta fuerza que lo paralizó. A los pocos segundos, consiguió que papá “pidiera cacao, cacao”. Martín se convirtió en una especie de héroe familiar.

Gracias a Dios

Es complicado descifrar algunas formas con las que Dios se comunica con nosotros. Yo siempre le digo a mis allegados y amigos que Dios nunca se te va a aparecer sobre una piedra con una batola blanca, con una barba blanca y frondosa o con los brazos abiertos diciéndote: “Hijo mío”. Cuántas veces le he pedido a Dios y no me ha contestado. O, mejor dicho, me ha contestado diez, quince, treinta o cuarenta años después de la petición. Dios es así. Yo que he cometido tantos errores de mi vida, he recibido manifestaciones comprobables de que Dios existe. Tengo hermanos que son ateos, e inclusive, hasta se burlan de mis “si Dios quiere” o “Dios mediante” cuando me despido, por ejemplo; o por darle gracias a Dios por los alimentos cuando nos disponemos a comer. Algunas veces hasta he dudado, porque a ellos le ha ido mejor que a mí. Pero mi fe en Dios ha sido en lo único que me he aferrado en la aventura que ha sido mi vida. “Mi vida no ha sido fácil”, algunas veces me digo. Esta mañana, viendo la montaña más bella del mundo, el Ávila, y pensando cómo voy a hacer para seguir aguantando este palo de agua que se llama vivir en Venezuela, una vez más Dios está allí. Y me dice: ¿Acaso no estuve enseñándote a sobrevivir los últimos treinta años de tu vida? Te puse los peores obstáculos que un hombre pueda tener, hasta el desamor de los tuyos, para que estuvieras preparado para el futuro”. Me quedé callado hablando con mi Dios de todos los días, le dije: “Es verdad Dios santo”. Me he convertido en un magíster con PHD en sobrevivencia humana. Metódico, no boto ni un tornillo, planeo todo, soy puntual; casi no boto basura, porque hasta los desechos orgánicos los utilizo, reciclo y vendo lo

que obtengo; planté un árbol de Samán, hijo de uno que plantó mi papá, con quien hablo todos los sábados y en cuyo pie deseo que esparzan mis cenizas. Amo a la vida, amo a mi madre y a mi padre, amo a mis hermanos a mis hijos, amo a mi hada madrina Esther. Dios me ha preparado para todo esto. Gracias Dios mío.

La Macandona

El suelo estaba tan caliente que mis abuelas le decían anafre. En los alrededores no había ni una matica y las hormigas morían al salir de su guarida. Era un desierto. Lo único que tenía de bueno era que estaban costeano ese hermoso lago de aguas tranquilas, apacibles, que guardaban en su fondo una riqueza gigantesca; riqueza que nadie se imaginaba que estuviera allí. Al fondo del potrero estaba el solar de las yeguas, que se apiñaban muy pegadas para tomar sombra de una enclenque mata de cují que despedía unas espinas gigantes. La casona era una casa colonial de amplios salones de techo de tejas que protegían del sol implacable. Así era La Macandona. Papá Saúl, como le decían sus más allegados, no tenía idea que esas tierras serían una parte importante de la capital del estado llamado Zulia. La tierra del sol amada.

La brisa pegajosa refrescaba el ambiente y le daba vida a todo el panorama. Una tarde que podríamos llamar histórica, un grupo de ingenieros del país del Norte llegaron a hacer unos estudios que llamaban sísmicos, para ver si debajo de La Macandona había breca negra y sí, sí había. Una breca muy ligera de más de ochenta grados API que, al prenderla con un cerillo, ardía con mucha facilidad. Todos se felicitaban jubilosos, abrazándose con alegría de haber encontrado un tesoro. Pero había un problema. Era un problema serio, ya que las tierras no eran ejidos, tenían unos dueños muy respetados en la zona: los Bohórquez.

Los Bohórquez eran una familia numerosa que llegó a Venezuela en los mil seiscientos. Ya en 1659 se habla de un registro de una real cédula que fue otorgada a nombre de don Juan de Bohórquez por

750 000 hectáreas, en los años de la Conquista, por el mismísimo rey Felipe IV. El monarca fue un mecenas de las artes y las fiestas en la Corte, promoviendo la creación literaria, artística y teatral. De allí datan los registros de propiedad de la familia sobre esas tierras. La historia comenzó con Timoteo, Ramón y Hercilio. Luego llegaron Isolina, Olimpiades, Saúl, Rafael, Soledad, Ana Teresa, mi abuela Ángela y Victoria, todos Bohórquez Morelos. Cuando visitaban sus predios no tenían ni idea del inmenso reservorio de petróleo que contenía en su subsuelo. Quizás por ello, despreocupados por creer que eran propietarios de un patio de chivos caliente, no hicieron nada, o poco, en defender sus tierras.

Y llegó la mala noticia de la muerte de la primera Guillermina, la esposa de Saúl, al parir a la segunda hija. Esto desbastó al viejo Bohórquez que, siendo un rico empresario del transporte lacustre, se entregó a la bebida y a la tristeza y quedó en la ruina. Fortuna lo visitaba todos los viernes, ahí donde vivía en el barrio de los guajiros, Ziruma, parroquia Juana de Ávila. Lo cuidaba y acicalaba. Cuenta la leyenda que solía entrar borracho a caballo a un bar de la zona armando un alboroto.

En los años cincuenta del siglo pasado, la empresa inglesa Shell le pagaba a la familia Bohórquez regalías por la explotación de sus tierras, pero llegó un momento en que desistieron en hacerlo y hasta interpusieron una demanda contra un libelo de demanda contra de la familia por derechos de propiedad. En ese ínterin, los libros de registro del municipio fueron birlados y les arrancaron los folios donde constaba los derechos de la familia en esas tierras. Lograron ganar los juicios por falta de pruebas y por el mal manejo legal, por parte de los verdaderos propietarios.

Maracaibo es una ciudad abierta, de un horizonte tan amplio que parece ilimitado. De niño me divertía mirar el azul claro de su cielo siempre despejado. Amaba ver despegar el DC10 de Viasa. El sol radiante y el intenso calor en, ciertos lugares, son mitigados

por un viento muy agradable. Es la cercanía del lago, me dijo una vez mi madre. Conocía poco la ciudad. La iglesia de la Chinita, el paseo y el Hotel del Lago y un viejo hotel llamado Detroit en el cual nos hospedamos una vez antes de partir al viaje hacia Maicao y Paraguipoa, la península de la Guajira.

Y llegó Isabel Bohórquez, Chabela, hija de Rafael, a la historia, que siendo una mujer asertiva y muy trabajadora en sus años de juventud logró en unir a la familia en 1985 y tratar de recuperar los títulos otorgados por cedula real a sus antepasados. A pesar de sus ingentes esfuerzos sus intenciones no llegaron muy lejos y luego de varios intentos desistió en hacerlo y todo quedó en el olvido. Tan olvidados como las tierras calientes de la finca La Macandona.

Moconoque: La tierra de mis ancestros

Nunca me olvidare de ese viaje que hice con mi familia a los Andes. Justo en la entrada de Mucuchíes, adonde está el monumento del perro Nevado mi padre se paró y estacionó el carro. El aire que entraba por una rendija de la ventana era fríísimo y calaba hasta los huesos. En ese momento el vórtice del tiempo me jaló con una fuerza descomunal y me llevó hasta la época de Bolívar. Mi padre nos contaba con especial lucidez las hazañas del Libertador en la famosa Campaña Admirable. Era impresionante como mi padre ejercía sobre mí una fuerza indescriptible por su narrativa y descriptiva tan hermosa que sentía que el tiempo era uno solo. Pasado, futuro, presente. De repente estaba en el páramo de Moconoque, tierra de mi tátara abuelo Juan José Pino, el mismo que le regaló el perro Nevado a nuestro gran venezolano, subiendo unas empinadas laderas, las mismas que solía subir el perro mucuchíes Nevado. El cielo se nublaba y la neblina golpeaba mi ser con una hermosa y húmeda sutileza que adormecía mis mejillas y las convertía en piel de frailejón. Parecía que estaba volando sobre las cumbres y se oía el paso del ejército a un redoblado ritmo adornado por el relinchar de los equinos que los acompañaban. Escuchaba en eco retumbante: “¡Marchen todos!”, “¡Somos los patriotas que vamos a liberar esta tierra y sacar a Monte Verde para siempre!”, “¡Marchen todos!”, “¡Queremos ser libres e independientes!”

Por un plato de espaguetis

Fue uno de los viajes más largos que hicimos. Estuvimos en Sinamaica y pasamos el puente sobre el río Limón. Llegamos al balneario Caimare Chico y nos hospedamos en un motel todos en un solo cuarto. La playa dibujaba el golfo de Venezuela y nos bañamos todo el día con mi madre muy pendiente de las rayas que se decía que estaban en la orilla. El atardecer fue precioso porque parecía que el sol se fundía en el mar. Hacia el sur, ya de noche, se veía el relámpago de Catatumbo alumbrar la tierra como un neón tratando de prender. Mi padre como siempre nos daba explicaciones de como esa luz que nos atraía a reunirnos en familia era importante para la humanidad. Al día siguiente partimos hacia Paraguipoa y pasamos la alcabala que limitaba con Colombia. Nos dimos cuenta que las carreteras colombianas eran muy mal mantenidas y muy angostas, pero al fin llegamos a Maicao. Maicao era un pueblo feo, pero bastante grande, lleno de negocios de ropa y comida. En una de esas paradas mi mamá se antojó de comprar unas sábanas y yo me quede atrás, de repente una señora gorda me jaló y rápidamente me llevó por la acera hasta otro local. Ella solo me decía: “¿quieres un caramelo?”. Yo no entendía lo que estaba pasando, salimos corriendo, cruzamos la calle y me metieron a otro local. Mi mamá me contó que cuando se dio cuenta que yo ya no estaba con la familia entró en pánico y empezaron a buscarme por todos lados. Mi papá desesperado porque él bien sabía que allá se robaban a los niños y les cortaban una extremidad para ponerlos a pedir limosna, hasta llegó a la radio de Maicao e hicieron la denuncia en la policía. Lo cierto es que me habían secuestrado para robarme. Pasaron como dos

horas, se acercaba el medio día y me dio mucha hambre. Me puse a llorar por comida. Los captores no sabían que hacer, me metieron a un restaurante italiano y me pidieron un plato de espaguetis. Fue allí que un amigo de mi padre me vio y me dijo “¿y tú no eres el hijo de Márquez Salas, el que se perdió?”. Los ladrones se miraron, salieron corriendo y nunca se me olvidará la cara de mis padres al ver que me habían encontrado. Riéndose me dijeron: “te salvaste por un plato de espaguetis”.

Crónicas de mi tiempo
se imprimió
en la imprenta Bicentenario de Carabobo
de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de octubre de 2023





Crónicas de mi tiempo

Entre la biografía y la crónica, esta obra es una recopilación de relatos personales del propio autor, hijo del escritor venezolano Antonio Márquez Salas. Remembranzas de la infancia y de la vida familiar componen este retrato intimista, donde también se dan cita el paisaje venezolano, reflexiones sobre la vida, el contexto político nacional e internacional y la realidad contemporánea.

RUY ÉLUARD MÁRQUEZ FERNÁNDEZ (Caracas, 1955)

Licenciado en Comunicación Social, productor audiovisual por la Temple University (Filadelfia, EE. UU.) y escritor. Desde los años 1980, ha desarrollado su labor profesional principalmente en el ámbito de la publicidad y la producción de documentales.

